

Nafarroa Oinez

* * *

Iñaki Iriarte López

doctor en sociología

profesor titular de la Universidad del País Vasco

Diario de Navarra

20 octubre 2007

Este domingo, junto a otros muchos euskalzales venidos de Francia y -sobre todo- de la Comunidad Autónoma Vasca, se reunirán en Viana miles de navarros para apoyar la labor que desarrollan las ikastolas.

Muchos más no acudiremos. Por motivos tan variados como el disponer de mejores planes, la pereza, la indiferencia hacia la lengua vasca o incluso la desconfianza por el proyecto educativo que se imparte en aquéllas.

Nadie ignora que el euskara constituye un tema polémico y delicado en Navarra.

Demasiado a menudo ha sido descrito como «madre», «corazón» y «alma». Y esas emotivas metáforas se han interiorizado de un modo tan literal que muchos reaccionan visceralmente cuando consideran que se pretende ofenderle. Y entre ellos, por cierto, unos cuantos que no lo hablan o lo hacen de forma deficiente. Nadie ignora tampoco que **el vascuence ha sido objeto de una politización extrema**. Tras el agotamiento del mito de una raza vasca y a falta de una historia política en común entre los siete territorios, el nacionalismo ha depositado en él todas sus esperanzas para sostener la creencia en una nación vasca a los dos lados del Pirineo. De ahí su afán por extenderlo por toda una geografía que, previamente, sin atender a sus habitantes y de manera inapelable, ha decretado como «vasca». Una geografía que incluye localidades como Tudela, Lodosa y Viana, donde, pese a quien pese, **el euskara es una lengua forastera desde, por lo menos, la Edad Media**. En cierto sentido, y dentro de unos límites, cierto carácter controvertido y cierta politización no deberían considerarse circunstancias intrínsecamente perversas. Es normal que en una sociedad madura los ciudadanos disientan a la hora de determinar qué tipo de reconocimiento conceder a una lengua que sólo en torno al 10% de ellos domina. Y es también normal que quienes la aprendieron desde la cuna se sientan preocupados por su futuro. Tampoco tiene nada de insólito que los nacionalistas consideren, por razones políticas, una prioridad su promoción. Lo contrario sería pedirle peras al olmo.

Lo que no es normal y resulta alarmante es que el legítimo debate sobre el vascuence se vea coartado por el riesgo a recibir la acusación de «genocida» o «antivasco» a poco que se discrepe del dogma de la reeuskaldunización. Una acusación nada inocua en la medida en que sufrimos de la presencia de una minoría de fanáticos dispuestos a enviar a la tumba a quien sentencien como enemigo de la lengua sacra.

La responsabilidad en la tarea de serenar las opiniones sobre el euskara no atañe, naturalmente, sólo a las ikastolas, pero éstas podrían, si quisieran, desempeñar un papel cardinal. Así, sería deseable que se esforzaran por **desligar la enseñanza en vascuence del adoctrinamiento ideológico**. Y esto incluye asumir con naturalidad que la mayoría de los navarros no se siente vasca y que ni tiene al euskara como lengua propia. También aceptar abierta y lealmente la existencia de Navarra como proyecto político diferenciado.

El borrador del nuevo plan integral que desde la asociación de ikastolas se está elaborando para el período 2008-2014 no induce, por desgracia, al optimismo. En él se mantienen afirmaciones como, por ejemplo, que «cada ikastola utiliza la denominación de Euskal Herria para identificar el conjunto de Araba, Bizkaia, Gipuzkoa, Lapurdi, Nafarroa (alta y baja) y Zuberoa» o que su «división jurídico-administrativa» constituye un «gran obstáculo». Según entiendo, tampoco la definición que hace de esa «Euskal Herria» como «el País del Euskara» ayuda a mitigar recelos, en tanto podría sugerir que quienes lo habitan sin conocerlo lo hacen en calidad de extranjeros.

Y dicho sea todo esto sin desdoro de todos aquellos padres que - como hicieron durante unos años los míos - han escogido una ikastola como la mejor opción para educar a sus hijos. Faltaría más.